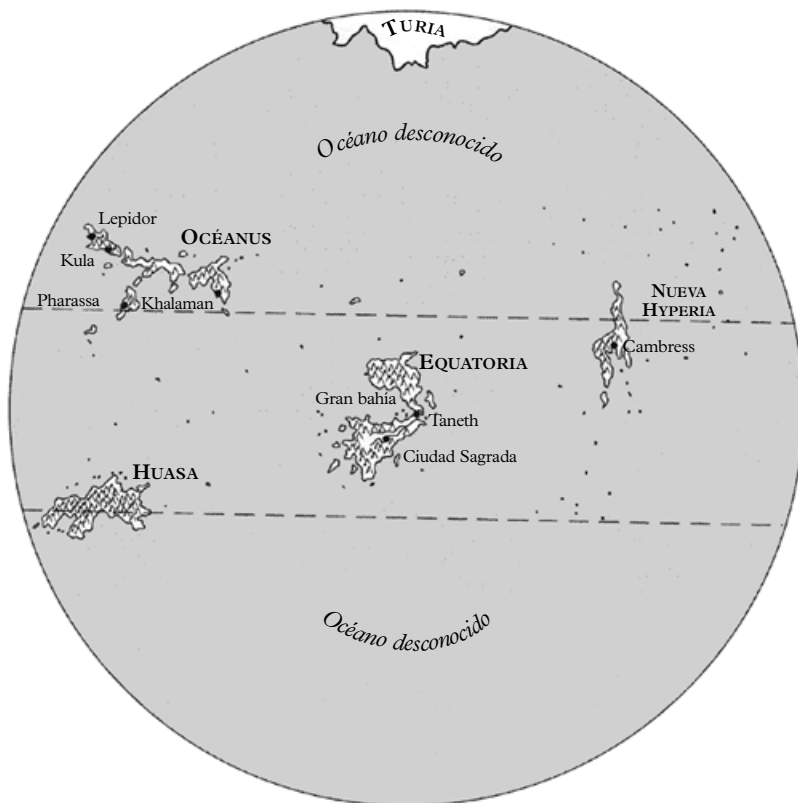


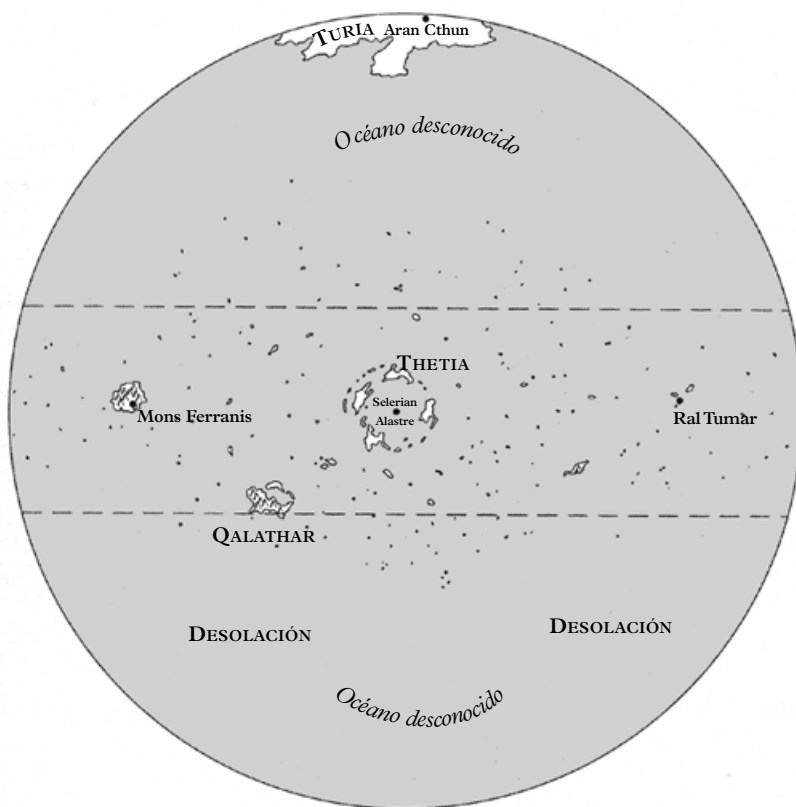
*Circunferencia ecuatorial
calculada por el Instituto Oceanográfico:
104.635,2 kilómetros*



Continentes

NOTA: Aquasilva es un mundo de dimensiones mucho más grandes que la Tierra, con un diámetro que ronda los 32.000 kilómetros. Sus continentes, por lo tanto, han sido dibujados en una proporción algo más grande de la real para facilitar su legibilidad.

Kreon Eirillia
cartógrafo de su majestad imperial
Orosius Tar' Conantur



Archipiélago

NOTA: Aquasilva es un mundo de dimensiones mucho más grandes que la Tierra, con un diámetro que ronda los 32.000 kilómetros. Sus continentes, por lo tanto, han sido dibujados en una proporción algo más grande de la real para facilitar su legibilidad.

PRIMERA PARTE
LA TRAVESÍA

CAPÍTULO I

Hierro! ¡Hierro!
El grito atravesó el bosque desde el gentío hacia el que cabalgaba, junto al acceso a las minas de piedras preciosas. Las aves posadas en las ramas de los cedros lanzaron estridentes chillidos y alzaron el vuelo. Apuré a los caballos; las ruedas del carro dispersaban a mi paso finas nubes de polvo. Luego tiré de las riendas y detuve el carro donde el camino hacía un abrupto recodo rodeando un árbol.

Frente a mí, los árboles dejaban paso a la hierba, que se extendía por la pendiente de las colinas. A la derecha estaba, con sus torres de vigilancia desiertas, el muro de piedra que marcaba la entrada a las minas de piedras preciosas. Alcancé a ver un corrillo de gente en la entrada, donde los portales estaban totalmente abiertos. ¿Qué estaban haciendo allí? ¿Había sucedido un accidente? ¿Sería un motín? Era lo único que faltaba.

Me reconocieron mientras disminuía la marcha del carro en los yermos terrenos que rodean a las minas. Detuve el carro a pocos metros de ellos.

Un hombre de elevada estatura, uno de los pocos que vestían ropas propiamente dichas y no las túnicas de los trabajadores, se abrió paso entre la multitud y se acercó a mí con expresión de gran entusiasmo. No era, por tanto, ni un motín ni un accidente.

—Vizconde Cathan, es una suerte que hayas llegado; quizá Ranthas te acompañe.

Llevaba una barba muy pequeña y su aceitoso cabello estaba cubierto de polvo. Tenía el rostro flaco y demacrado, con los ojos hundidos pero brillantes como los de los demás.

—¿Qué significa toda esta conmoción, Maal? —le pregunté—. ¿Qué cosa tan extraordinaria ha sucedido que justifique interrumpir-

pir el trabajo cuando el buque puede llegar al puerto de un momento a otro?

De un momento a otro, siempre y cuando la tormenta coriolis que agitaba el océano se disipase pronto. Era la segunda en el mes, y el buque ya venía con demora.

—¡Amo, hemos encontrado hierro! ¡El sacerdote de Ranthas que ofreció cooperar con nosotros en nuestras labores mineras ha descubierto un inmenso depósito de mineral de hierro!

En principio casi me resistí a creerle. ¿Hierro? ¿Habíamos estado durante todos estos duros meses trabajando sobre uno de los yacimientos más valiosos sin tener idea de ello? El hierro escaseaba en Aquasilva; las islas flotantes sencillamente no conseguían cantidades suficientes de ese mineral para cubrir la demanda de las fundiciones de acero y, en definitiva, de los ejércitos del continente. Después de la madera combustible y sus derivados, el hierro era el más cotizado de los materiales en bruto.

—¿Estáis seguros? —pregunté manteniendo una expresión im-
pasible. No deseaba delatar demasiado entusiasmo frente a mis
trabajadores.

Por respuesta, Maal llamó a alguien de entre la muchedumbre. No había tanta gente como yo había pensado en un primer momento; sólo había entre doce y quince personas, sobre todo supervisores y capataces. Un sujeto del fondo le arrojó a Maal un trozo de roca por encima de su cabeza. Maal lo atrapó con destreza y me lo acercó.

Uno de los caballos relinchó cuando cogí la roca en mis manos y observé el revés, en el que destacaban los cristales grisáceos.

—¿Podrá ser extraído?

—El sacerdote cree que sí. Se encuentra en la mina con Haaluk.

—Que alguien venga a coger las riendas —dije.

Uno de los hombres vino a hacerlo y descendí de mi carro.

—Llévame a donde está el sacerdote —le pedí a Maal—, y que el resto de los presentes reinicie su trabajo.

Se apartaron a mi paso y Maal me guió hasta el cercado. Había dos edificios a un lado y unas zanjas abiertas al otro. Frente a nosotros se abría la fosa negra de la entrada a la mina. No me agradaba demasiado entrar allí —odio las cuevas— pero se trataba de una ocasión importante, así que intenté evitar el pensamiento de estar bajo tierra. Esa mina de piedras preciosas constituía el principal motivo de la existencia del clan Lepidor, el más septen-

trional de los quince clanes del continente de Océanus y, por un pequeño margen, el clan situado más al norte de entre todos los clanes continentales del mundo. No había existido ninguna ciudad aquí desde la guerra de Tuonetar, pero hace ciento cincuenta y ocho años un equipo de buscadores descubrió vetas de piedras preciosas y, poco después, un grupo de refugiados de Océanus y del Archipiélago se instaló en el lugar y fundó un nuevo clan.

En realidad, fuimos bastante afortunados, ya que en las cercanías hay ricas zonas de pesca y las montañas ofrecen más cobijo que el usual frente a las tormentas y permiten que crezca un exuberante bosque junto a la costa. Estoy muy satisfecho de todas estas condiciones, que hacen del territorio de Lepidor un sitio menos desolado que las tierras de los clanes más australes, demasiado expuestas para que crezcan los árboles y, por lo tanto, mucho menos gratas de habitar.

Mi familia ha estado en el poder desde la fundación, después de que cierto antepasado lejano realizó una acción extraordinaria en beneficio de la ciudad y las demás familias lo eligieron líder por unanimidad. Al menos, eso decía la historia oficial. A mí me sonaba por lo menos dudosa y me imaginaba que la realidad debía de haber sido bastante menos honorable. Pero ésa era la historia por entonces, y mi padre, el conde Elníbal II, era conocido como uno de los más destacados entre los quince condes de Océanus.

En aquel momento nos preocupaba la pronunciada caída del precio de las piedras preciosas, que había descendido cada vez más en los últimos años. Como consecuencia, la mina proporcionaba menos beneficios y, en los meses más recientes, el conde y los mercaderes discutían por el precio. No hay duda de que podríamos sobrevivir sin la mina: junto a la costa existían tierras fértiles y extensos cotos de caza y pesca. Asimismo, los bosques cubrirían nuestras necesidades de madera y nos permitirían incluso llevar a cabo exportaciones.

Pero sin las piedras preciosas no existía nada de valor con qué comerciar, y así el clan Lepidor degeneraría progresivamente hasta convertirse en una comunidad agrícola, sin el mérito suficiente para ser considerada un clan. Y como yo no deseaba heredar una comunidad agrícola ni ser testigo de la desaparición de las riquezas del clan, el futuro me preocupaba igual o más que al resto.

Hasta ahora. Repentinamente, mi cabeza se había colmado de proyectos. Si había allí hierro suficiente y podía ser explotado, vol-

veríamos a ser ricos tan pronto como el primer cargamento se vendiese en los mercados de Pharassa, la capital de Océanus. Quizá podríamos incluso firmar un contrato con una gran familia para transportarlo a través del océano hasta Taneth, la capital del comercio de Aquasilva. Se trataba de una larga travesía y era consciente de los riesgos que implicaba, pero allí el precio del hierro podía ser mucho más elevado.

Me agaché ante las vigas de madera del techo de la entrada a la mina y me sumergí en el túnel, apenas iluminado por tres antorchas de madera. Hacia el fondo, a poca distancia, alcancé a oír dos voces.

–... yacimiento se extiende cientos de metros, te lo aseguro.

–Conozco la roca de este sitio, dómine, y eso es imposible.

La voz del capataz de la mina, Haaluk-Itti, era mucho más gruesa y vulgar que los tonos suaves y modulados del sacerdote de Ranthas. Haaluk llevaba dos años exiliado de Mons Ferranis, tras haber protagonizado una disputa con un mercader, y debería pasar aún otro año supervisando las minas de Lepidor antes de que nos dejase para regresar a su tierra. Todos lo lamentaríamos mucho; pese a su agrio carácter era un capataz eficiente.

–¡Vizconde Cathan! –exclamó el sacerdote al verme. Su rostro estaba en la sombra.

Haaluk, de espaldas a la entrada, se volvió hacia mí.

–Sin duda me habrá oído –dijo–. Pese a su gran sabiduría, me he visto obligado a mostrarme en desacuerdo con dómine Istiq acerca de la extensión del depósito.

Los sacerdotes son siempre llamados *dómine*, título que proviene de nuestro antiguo lenguaje.

–¿En cuánto difieren vuestros cálculos?

–Los suyos duplican los míos.

–Según vuestras cifras, Haaluk, ¿es posible explotar la mina?

–Sin duda. El dómine puede dar fe de ello –afirmó bruscamente.

–Mis cálculos son meras hipótesis, como comprenderá –admitió dómine Istiq–, pero tengo la certeza de que existe aquí lo suficiente para vender la suma de diez mil coronas cada mes durante más de siglo y medio.

Traté de deducir mentalmente los beneficios que podrían implicar esas cifras, pero fallé en el intento. Nunca fui bueno en cálculo mental, aunque siempre he podido resolver las cuentas con bastante rapidez sobre papel.

—Vuestros gastos anuales rondan los dos mil, vizconde Cathan —agregó Istiq—. Quedarían ocho mil, de los que al menos cuatro mil deberán destinarse a cubrir otros gastos, como el diezmo y una rebaja a los mercaderes.

Una forma subliminal de recordarme que deberíamos volver a pagar nuestras ofrendas al templo del Dominio, ofrendas que no cumplimentamos el último año a fin de asegurar nuestra subsistencia. El avarca de Lepidor, aunque no haya nacido aquí, estuvo a cargo del templo durante veintiséis años y hoy es más un lepidorio que un sacerdote. Siempre ha sido caritativo y respetuoso.

—¿Esos cálculos están hechos según las estimaciones de Haaluk?

—Sí. De acuerdo a la mías podríamos explotar las minas durante unos tres siglos.

—Bien, de un modo u otro obtendremos ganancias. —No estaba preocupado.

—Será preciso contratar a mineros experimentados de Pharassa, que son muy buscados hoy en día. Se deberá contratar, además, a algún mercader de Pharassa o Taneth.

—No olvidéis al almirantazgo de Cambressia —dije recordando nuestro tercer posible mercado, pero Istiq expresó sus dudas con la mirada, y añadí—: ¿Regresamos a la ciudad para cenar?

—Agradezco el ofrecimiento —respondió Istiq con una reverencia—, pero permaneceré aquí un poco más para ver si podemos determinar con exactitud la extensión de los depósitos.

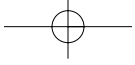
Le devolví la cortesía antes de dar la vuelta para regresar al túnel, maldiciendo cuando casi me parto el cráneo al chocar contra una de las vigas de madera. Maal me seguía de cerca.

El brillo de la luz solar me hizo parpadear cuando emergí de las tinieblas. Afuera se volvía a oír el sonido sordo y repetido de los mineros quebrando el mineral con sus mazas de madera, desechando todo cuanto no fuese piedra preciosa en estado puro. Al menos eso es lo que recuerdo de las enseñanzas de mi tutor. Siempre me pareció que la minería era aún menos interesante que las lecciones de teología... no tenía nada que ver con el mar.

—¿De regreso a la ciudad, lord Cathan? —me preguntó Maal.

—Sí —respondí—, el trabajo debe proseguir. Haaluk vendrá a verme esta tarde con algunas cifras. Necesito informarme de ciertos hechos concretos antes de hacer ningún movimiento.

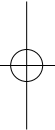
En realidad sería mi madre, regente en ejercicio durante la ausencia de mi padre, quien tomaría cualquier decisión. Yo era



demasiado joven aún y carecía de la experiencia necesaria para asumir completamente las obligaciones de un conde durante los viajes de mi padre. Por eso me senté en el estrado mientras el primer consejero me susurraba al oído las opiniones de la condesa Irria. Por mi parte, desde la partida de mi padre intenté prestar más atención a las lecciones sobre administración del Estado, ya que me irritaba no saber lo suficiente para tomar mis propias decisiones.

Regresé por los patios y pasé bajo la puerta principal, donde noté que las torres estaban una vez más ocupadas por centinelas, atentos a la aparición de cualquier señal de hordas bárbaras en las colinas circundantes. No es que fuesen a divisar ninguna, sólo existía un paso hacia las montañas desde el territorio de la ciudad y estaba tan bien custodiado como las costas.

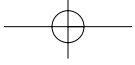
El hombre a quien había dejado guardando mi carro me tendió las riendas. No me había quitado las cintas de seguridad de las muñecas, así que pasé las riendas alrededor del brazo, restallé el látigo y me alejé por el camino rumbo a la ciudad.



Me sentía entusiasmado mientras avanzaba a toda marcha guiado por mis dos eficientes caballos, y la alta velocidad compensaba por demás los saltos del carro al pisar baldosas sueltas o pequeños pozos. El camino comenzaba a dar muestras de necesitar una reparación y observé dos hoyos de un tamaño tan considerable que podían hacerme perder una rueda. Sería necesario un equipo completo de trabajadores viales con sus correspondientes herramientas para repararlo, y eso en caso de reunir el dinero suficiente para la leña. Al fin y al cabo, reflexioné, el hierro resolvería sin duda ese problema.

El sendero se angostaba al acercarse al valle principal, y me abrí paso entre enormes cedros que se alternaban con zonas despejadas. En una o dos ocasiones me topé con los carros llenos de troncos de los leñadores, que transportaban su carga por la ladera. Luego el camino doblaba y los árboles quedaban atrás a medida que me alejaba en dirección a Lepidor.

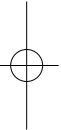
La ciudad estaba edificada sobre un promontorio, con una ensenada al este, es decir, a mi derecha, donde se hallaba el puerto. Al oeste, la costa describía una curva, dejando ver terrenos de cultivo y grupos de acacias que iban dejando lugar suavemente a una



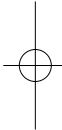
extensa playa de arena. Hacia el final del promontorio se veían las murallas de piedra brillante que protegían la ciudad y, detrás de éstas, alcancé a divisar las casas del barrio Terreno.

Lepidor no era una ciudad demasiado grande. El último censo, realizado dos años atrás con motivo de un estudio sobre los impuestos, había contabilizado algo menos de dos mil ciudadanos. Sin embargo, lo que le faltaba en dimensiones lo compensaba en limpieza y calidad arquitectónica. Ya había visitado por entonces la mayoría de ciudades del continente y, más allá de la lealtad que profesaba a Lepidor por ser mi hogar, no me parecía que hubiese ninguna comunidad mejor ni edificios más hermosos que los que había allí.

Todas las casas protegidas por las murallas que rodeaban el exterior del promontorio habían sido construidas con piedras blancas locales y muchas tenían tres plantas. Desde arriba, sobre las ventanas con columnas de la primera planta, podían verse hermosos jardines crecidos en una tierra que, en su mayor parte, había sido transportada hasta allí a mano. Había algunas cosas allí que ni siquiera la leña podía lograr. Una o dos de las viviendas más grandes tenían pequeñas cúpulas sobre sus techos.



En el puerto, también protegido por murallas, pude distinguir los depósitos y los muelles, los mástiles de nueve o diez barcos pesqueros y, sobre uno de los lados, un pequeño edificio con cúpula, el punto más alto del muelle de Lepidor, donde fondeaban las naves submarinas, llamadas mantas, y se guardaba la única manta de guerra de la ciudad.



Avancé por las extensiones de campo despejado que rodean la ciudad y crucé las puertas de barrio Terreno, el más externo de los tres distritos de la ciudad. Reconocí a los dos centinelas, que me saludaron con una reverencia que devolví con gentileza antes de acelerar el paso. Debía aminorar la marcha al cruzar las puertas; la calle central conducía casi directamente a las puertas de los otros dos barrios: el barrio del Palacio y el distrito Marino. Los tres sectores eran circulares y estaban protegidos por su propio juego de puertas –tenían que estarlo, para protegerse adecuadamente en caso de tormentas–. Ése era otro de los motivos por los que me alegraba vivir aquí: en Lepidor las tormentas eran menos duras que en otras ciudades y por eso nuestros muros eran más bajos, permitiéndonos evitar la oscuridad en la que muchos vivían sumidos, rodeados de murallas inmensas y monstruosas.

Crucé la puerta interna del barrio del Palacio, donde se hallaban el mercado, los edificios oficiales y también mi hogar, el palacio.

El Palacio Real —más una mansión que un auténtico palacio— estaba hacia el final de la calle principal, a sólo un centenar de metros. A ambos lados, la calle estaba poblada de tiendas, cada una con un toldo desplegado en el frente. Sus mostradores estaban repletos de mercancías, que los comerciantes promocionaban a viva voz ante el lento avance del carro. Aparté los caballos alrededor de la corpulenta figura vestida con una túnica verde del mercader Shihap, quien regateaba enérgicamente con su amigo el jefe de escuderos.

—Bonito día, ¿no? —me dijo Shihap dejando por un instante su negociación—. ¡Parecéis feliz!

—Créeme, lo estoy —respondí—, y también lo estarás tú cuando vuelva a brotar el dinero.

La noticia sobre el descubrimiento llegaría a la ciudad hacia el anochecer, así que no era malo en absoluto que fuese yo mismo quien lanzase los primeros rumores al respecto. Puse en marcha mis caballos antes de que Shihap tuviese oportunidad de indagar más, para que el mensajero que enviase Haaluk tuviese el placer de comunicar lo sucedido a los ciudadanos.

Volví a disminuir el paso para saludar a varias personas antes de llegar a la plaza frente al palacio. Los establos estaban ocultos en uno de los lados, contra los muros externos, por supuesto con el viento a favor, y le tendí las riendas a un criado, quien se apresuró a cogerlas. Desanudé las correas de mis muñecas y las dejé en el carro, junto con el látigo. A mi padre no le gustaba ver las prendas de montar en el interior del palacio.

En la entrada había dos centinelas sentados, jugando como siempre con monedas de cobre. Hicieron una cálida reverencia mientras yo me dirigía a la pequeña corte del palacio. No había que caminar más de diez metros, subiendo una empinada escalera a cuyos lados, en los espacios entre las piedras, crecían plantas silvestres. A un lado estaba la puerta que conducía al salón de banquetes y cámara de debates, mientras que el acceso de los criados se hallaba en la base de la escalera. Repito que todo era mucho más pequeño que, por ejemplo, el palacio de Lexan en Khalaman. Y sin embargo, todo era a la vez mucho más acogedor y, además, era mi hogar.

Subí la escalera saltando los escalones de tres en tres y casi me vuelvo a golpear la cabeza contra las vigas que sostenían el tejado.

—¿Dónde está mi madre? —le pregunté al primer criado con que me topé en el impecablemente blanco descansillo al final de la escalera.

—En la cámara superior de debates, señor, junto al consejero superior.

Caminé a paso veloz a lo largo del pasillo. Tras la puerta cerrada de la tercera habitación a la izquierda se oían voces. Golpeé la puerta.

—¿Quién está ahí? —preguntó mi madre con su hermosa voz de contralto.

—Soy yo —respondí.

—Entonces puedes pasar.

Empujé la puerta de madera de cedro y entré. La cámara de debates era una amplia sala con una mesa de madera blanca en el centro. Se trataba de la cámara privada de debates: las reuniones públicas se celebraban en la sala principal, ya que nunca pudimos cubrir los gastos para montar una cámara de reuniones propiamente dicha. Había doce sillas alrededor de la mesa, una con un palio rojo, en la que estaba sentada mi madre. El consejero superior ocupaba la primera silla sobre el lado derecho.

—¿Qué sucede? —preguntó mi madre, traspasando la mirada imperturbable que yo pretendía mantener. En su juventud había sido sumamente hermosa y ahora, pasados los cuarenta años, aún tenía muy buen aspecto. Sus largos cabellos, con un raro tono rubio oscuro, estaban recogidos sobre su espalda, y su porte era en todo orgulloso y noble. Llevaba un largo vestido verde y blanco.

—Pasé por la mina mientras entrenaba mis caballos. Han encontrado allí hierro suficiente para darnos —dije intentando recordar la cifra— unas cuatro mil coronas de beneficios durante los próximos cien años.

—¿Hierro? —Atek, el consejero superior, se incorporó a medias en la silla.

Atek era primo de mi madre y tres años más joven que ella. Había llegado con mi madre cuando ella se casó con mi padre, ya que el padre de ella, tutor de Atek, se había hartado de la indómita reputación de su sobrino. Yo jamás había sido testigo de ese aspecto de su carácter y todos los parientes de mi madre estaban de acuerdo en que se había convertido en un hombre sensato y

en un buen consejero. Había sido nombrado consejero superior de mi padre y canciller dos años atrás, cuando falleció su antecesor. Nunca me ha gustado ser irrespetuoso con los muertos, pero siempre me pareció más conveniente Atek que el adusto y avinagrado Pilaset. Atek era de complexión robusta y tenía el cabello castaño, aunque noté que estaba engordando debido a la falta de ejercicio. Llevaba una túnica blanca con bordados rojos ajustada a la cintura.

–Hierro –confirmé–. Dómine Istiq y Haaluk están seguros, aunque sus cálculos no coincidan sobre si el yacimiento durará un siglo y medio o tres.

–¿Cómo es posible que no lo hayamos descubierto antes? –indagó Atek, reclinándose en la silla con expresión de sorpresa.

–Porque nunca hemos contado con un sacerdote minero experimentado –sostuvo mi madre–. Ese sector de la colina no lo exploramos hasta su llegada.

Lo cierto es que había sido una auténtica fortuna contar con los servicios de dómine Istiq. Él había sido uno de los tres sobrevivientes de la nave destrozada por un tornado en las afueras del cabo de las islas Límite unos tres meses atrás. Una vez recuperado, se ofreció a excavar en nuestras minas para mantenerse ocupado hasta que llegase a recogerlo el siguiente navío, que lo conduciría a su destino original, Mons Ferranis. Yo no había estado demasiado en contacto con él, aunque fue una de mis sondas submarinas la que detectó los restos de su indefensa nave flotando a la deriva hacia mar abierto. Se trató para mí de un gran triunfo, ya que le demostró a mi padre que todo el tiempo que yo empleaba en el mar o con los oceanógrafos tenía valor.

–Le ordené a Haaluk que nos diera cifras más exactas esta tarde –dije–. Es posible que dómine Istiq permanezca en la mina hasta el anochecer. Siempre lo hace.

–Has hecho lo correcto –agregó mi madre con una cálida y luminosa sonrisa en el rostro.

–Debemos comunicarle las novedades al conde Elníbal –advirtió Atek, llegando a las mismas conclusiones que antes había deducido Istiq–. Tendremos que firmar un contrato con algún marino mercante de Taneth o Pharassa para llevar el hierro a las fundiciones.

–¿Podríamos establecer aquí una industria del hierro? –meditó mi madre en voz alta–. Si convirtiésemos el hierro en armamento antes de embarcarlo, duplicaríamos las ganancias.

–Pero eso nos haría también un blanco más apetecible para los piratas –le recordó Atek–. Hasta que no tengamos dinero suficiente para edificar unas defensas adecuadas, sería mejor vender el hierro tan sólo. Le sugeriré esa idea a tu marido.

–¿Cuál os parece que es el mejor sitio para vender el hierro? –inquirí.

–Taneth –dijo Atek sin pensarlo dos veces.

Mi madre estuvo de acuerdo con él, y yo estaba bastante seguro de que mi padre coincidiría con la opinión de ambos. De los otros dos mercados posibles, Pharassa estaba más cerca y era más seguro, pero los precios eran comparativamente bajos, ya que allí existía muy poca demanda de hierro. Océanus tenía ya una mina en actividad, así que tampoco habría mucho mercado para nuestro metal. La otra posibilidad era la única cuya mera mención había desagradado a Istiq: Cambress, en el continente de Nueva Hype-ria. Pero la distancia hasta allí era casi dos veces la que nos separaba de Taneth, y el margen de beneficios podría ser bastante inferior.

Además, la ruta a Cambress pasaba muy cerca del territorio de nuestro enemigo mortal, el conde Lexan de Khalaman.

–¿A quién enviaremos? –preguntó mi madre–. Elníbal partió hace sólo dos semanas y las reuniones del Consejo nunca duran menos de un mes.

–Quizá ésta sea más breve –interrumpió Atek–. Los haletitas están presionando en la frontera de las ciudades de Equatoria, así que muchos de los condes allí presentes estarán ansiosos por regresar a casa.

–Lo que implica que debemos decidir antes de que llegue la nave mercante. Quienquiera que vaya deberá ser muy rápido en Pharassa y obtener plaza en uno de los navíos militares, logrando que el mensajero corra desde allí hasta Taneth.

–Debería ir yo –declaró Atek.

–Te necesito aquí –le recordó mi madre.

–No podemos enviar a nadie más.

–Debe de haber alguien. ¿Por qué no confiar el cargamento a alguien que, de todas formas, tuviese previsto viajar?

–No hay nadie con la jerarquía suficiente. Ninguno de los marinos mercantes de importancia tiene previsto viajar.

Repentinamente, Atek desvió la mirada hacia mí, luego agregó:

–Por otra parte, si fuese escoltado, podría ir Cathan.

Sentí un escalofrío. Había estado deseando con todas las fuerzas que alguien me mencionase y me preguntaba si podía proponerme a mí mismo. Sin embargo, antes de que ella abriese la boca sabía que la idea no le gustaría.

—¡No! —aulló, furiosa—. Se supone que está al mando durante la ausencia de su padre. Sin él todos sabrán que soy yo quien gobierna, y eso no contribuirá precisamente a ganarnos la simpatía del pueblo.

—Pero si todos lo saben —repuso Atek—. Además, el hermano de Cathan puede servir de testafarro.

—Su hermano tiene sólo cinco años de edad, ¿o acaso lo has olvidado? —contraatacó mi madre con agudeza—. ¿Qué sucedería si hubiese otra tormenta como la de hace tres meses y también naufragase el buque de Cathan? ¿Qué le diría entonces a mi marido?

—Si Elníbal no se entera de la situación, deberá hacer nuevamente el viaje hasta Taneth, en un momento del año en el que Lexan y los otros enemigos pueden sacar ventaja de cualquiera de nuestras debilidades, y eso sí resultaría verdaderamente peligroso. Sea Cathan o sea yo, uno de los dos debe partir. No quedan más alternativas.

—Preferiría que fueses tú, Atek —dijo ella tras una pausa.

Me pareció entonces que era el momento de tomar la palabra, antes de que mi madre se decidiese definitivamente por Atek.

—Madre, debo pasar por la experiencia de Taneth antes de asistir a mi primera reunión del Consejo. Y a las reuniones de Equatoria. Todos los hijos de Courtières han hecho ya la travesía. —Courtières era uno de nuestros aliados.

Sabía que mi razonamiento tendría peso y que mi padre me hubiese permitido partir sin dudar. ¡Pero mi madre era siempre tan sobreprotectora! La observé mirándome mientras Atek asentía sagazmente con la cabeza.

—Entonces ¿tu corazón está preparado para ir?

—¡Sí!

Percibí en su rostro un ligero rastro de duda, pero al fin afirmó:

—Está bien.

Era demasiado consciente de mi dignidad para empezar a saltar y gritar de alegría, pero por dentro estaba muy contento. Los herederos de un clan necesitaban haber visto algo del resto del mundo para tener éxito en su cargo, y yo tenía por entonces la impresión de no haber visto lo suficiente.

En teoría, me habría correspondido muy pronto pasar uno o dos años fuera de casa, a fin de aprender la mecánica de la política, el comercio y la religión, así como adquirir experiencia práctica en oceanografía y descubrir cómo patronear mantas y navíos de superficie. Era un aprendizaje que afrontaban todos los aristócratas del clan y los hijos de los principales comerciantes, pero hasta el momento no se me había dicho cuándo me tocaría a mí.

No es que necesitase aprender sobre embarcaciones ni oceanografía. Mi vida se había desarrollado tanto en la tierra como en el mar —por lo cual mi padre sospechaba que el resto de mi educación estaba quedando de lado—. Pero ni siquiera él logró alejarme del mar por mucho tiempo.

El punto más lejano de Lepidor en el que yo había estado hasta entonces era Pharassa, la capital de Océanus, adonde había ido dos años atrás —debí haber acompañado a mi padre a la última Gran Conferencia, hacía unos tres años, pero me hallaba enfermo—. Pharassa era una ciudad poderosa, pero el viaje no implicaba salir de mi continente natal de Océanus. Jamás había cruzado el océano.

El destino más común del otro lado del océano era Taneth, una de las dos ciudades más ricas de toda Aquasilva. Se decía que allí atracaba en el puerto o lo abandonaba una manta por hora y que partían navíos cada cinco minutos. Taneth era la capital mercantil de Aquasilva y un lugar al que siempre había ansiado ir.

—¿Quién lo acompañará como escolta? —preguntó Irria.

—Alguien que ya haya cruzado el océano, alguien en quien podamos confiar.

—¿Ninguno de los monaguillos del templo ha ido a adoctrinarse a la Ciudad Sagrada?

—Me parece que hay uno. Un joven prometedor que ha estado en Nueva Hyperia y en Equatoria. Enviaré a dos guardias en su busca. Ya hablaré con el Gran Pontífice para que le permita partir.

—Hazlo ahora —ordenó mi madre.

Atek se puso de pie, nos hizo a ambos una reverencia y dejó la habitación cerrando la puerta tras él.

—Será un largo viaje —dijo la condesa—. Y yendo por mar hay muy poco que hacer. Aprende cuanto puedas del monaguillo, tanto acerca del mundo como de la fe del Dominio. Si resulta ser un fanático, no te dejes llevar por sus enseñanzas. En el mundo debe existir un equilibrio, y saquear las tierras de los que no se les someten, como hacen los sacerdotes, es del todo incorrecto.

Se puso de pie y se acercó a la ventana.

—Atek tiene razón, has visto demasiado poco del mundo. Todo lo que has podido ver de los sacerdotes es cuanto hay de bueno en ellos. Vivimos en una ciudad demasiado pequeña para permitirse más de un templo con cuatro sacerdotes y diez monaguillos. Pero en la capital, en las otras grandes ciudades y en los territorios eclesiásticos que rodean la Ciudad Sagrada de Equatoria existen miles de sacerdotes guerreros. Son los zelotes, sacerdotes que pueden combatir mejor que la mayor parte de los hombres y que creen en el poder purificador del fuego y de la espada. Su obispo los envía a luchar contra todos los que no creen en Ranthas. Sus sacerdotes han sido responsables de la desaparición de ciudades y poblaciones enteras. Se llaman a sí mismos los sacri, los sagrados.

Mi madre casi tartamudeó al pronunciar ese nombre, lo que me sorprendió, ya que por lo general mantenía la reserva y la calma. Jamás la había visto tan visceral, salvo, quizá, en aquellas ocasiones en que discutía con mi padre.

Intenté asimilar lo que mi madre me había dicho.

—¿Es posible adorar a alguien más que a Ranthas? —pregunté.

—Antes de responderte, debes jurar no revelarle a nadie lo que te diré, ni aun dar a entender que lo sabes. Ni siquiera deberás hablarlo con tu hermano y mucho menos con el monaguillo.

Parecía nerviosa, nerviosa de un modo desconocido para mí, y mientras hablaba retorció su cinturón con las manos.

—¿En nombre de qué deseas que jure?

—En nombre del honor de nuestro clan.

—Por los bienes de mi herencia, por el clan en cuyo seno vi la luz y por la continuación de nuestra estirpe, juro mantener los conocimientos que voy a adquirir secretos y ocultos para el resto del mundo —dije solemnemente; luego esperé.

—¿En qué está basada la religión del Dominio? —preguntó ella.

Confundido, me llevó un segundo responder. Había supuesto que ella me diría algo, no que me formularía de modo tan inesperado una pregunta tan obvia.

—Ranthas, la encarnación del fuego de la que procede toda forma de vida —citó el pasaje textualmente de los salmos que el avarca me había enseñado.

—¿Y cuál es el obsequio divino que brindó a Aquasilva? Dime lo que dice el catecismo.

–La madera es el obsequio de Ranthas –recité, recordando una de las homilias que los sacerdotes del templo nos habían hecho oír hasta el hartazgo en nuestra infancia. Memorizarlas había sido una de las cosas más aburridas que recordaba–. La leña proporciona calor, luz y poder a Aquasilva y, a través de la misma, se expresa la voluntad de Dios. Gracias a la madera cruzamos los mares y nos protegemos de las tormentas. Con ella hacemos la guerra y la paz, todo merced a la generosidad de Ranthas.

–El fuego es uno de los Elementos, ¿no es verdad? –preguntó ella.

–Por supuesto: el Fuego, la Tierra, el Aire, el Agua, la Luz y la Sombra, pero el Fuego es el Elemento más importante y el único que mantiene unida a Aquasilva, gracias a su dominio sobre la Luz.

–¿Es también el único que provee a los humanos del don de la magia, para sanar y destruir?

–Así es.

–Ahora, ¿por qué ninguno de los otros Elementos tiene dioses o magia? La madera puede ser vital, pero precisamos del agua para seguir con vida, aire para respirar y tierra para que broten nuestros cultivos. Y sin sombra no existiría la noche.

–El Fuego es el Creador –respondí obstinadamente todavía, aun sin una idea concreta sobre qué quería decir mi madre.

–Cathan, el Fuego es sólo uno de seis Elementos. Cada uno de los otros tiene su propia deidad, su propia magia y su propio poder. Algunos son potencialmente más poderosos y también mucho más benéficos que el dios Fuego. ¿Acaso no habitamos la superficie de un infinito océano que conforma la mayor parte de Aquasilva? Ese océano es el dominio de Thetis, la diosa del Agua. El Vacío (los cielos más allá de las tormentas), que supera en tamaño incluso a los océanos, es el hogar de la Sombra y de su espíritu, Ragnar. Luego está la Tierra con su amo, Hyperias, de quien Nueva Hyperia ha recibido su nombre. Althana, diosa de los Vientos, y Phaetan, dios de la Luz, son los otros dos. Todos ellos tienen detrás una historia de méritos tan antigua como la del propio Fuego y, en otros tiempos, el culto a todos ellos fue permitido libremente. El imperio Thetiano fue erigido en la adoración a Thetis.

Su voz no era menos persuasiva que la herejía de sus palabras, pero me pareció que de ellas se desprendía una idea asombrosa.

–Todo aquel a quien se descubra adorando a las otras deidades elementales puede ser quemado vivo en la plaza principal de la ciudad. Incluso saber de su existencia es peligroso.

La voz de mi madre se había convertido en un murmullo.

–Lo único que te pido es que conserves en tu mente todo cuanto te he dicho y que veneres las obras de Ranthas sabiendo que existen otros poderes capaces de lograr las mismas cosas sin necesidad de ser supremos.

–¡Eso contradice todo lo que me han enseñado! –protesté.

–Enseñar es la clave para controlar –dijo ella–. Recuerda tu juramento hacia el clan.

–Lo haré –prometí mientras me incorporaba.

Su voz volvió a adquirir el tono normal y también ella se incorporó.

–Debes prepararte para tu viaje y despedirte de tus amigos.

–Y de mi hermano.

–¡Qué bueno de tu parte acordarte de él! –comentó mi madre al abrir la puerta.

Caminamos a lo largo del corredor contiguo hacia la puerta abierta que se hallaba al fondo del mismo y que conducía a una pequeña azotea ajardinada frente al mar. El cielo estaba prácticamente libre de nubes, sólo imperceptibles motas blancas manchaban su celeste inmensidad, y el mar era mecido por una leve brisa.

Aquella noche hallé bajo mi almohada un pequeño trozo de papel en el que mi madre había escrito a mano un mensaje. Lo primero que exigía era que no llevase el papel conmigo durante el viaje, pues ser descubierto con él significaría mi muerte. Sin embargo, lo memoricé antes de lanzarlo al fuego del hogar.

De una crónica escrita por el último Gran Pontífice Thetiano de la antigua religión:

... Y así me hice presente en el funeral de mi hermano, escrutando el océano vacío en dirección a los continentes que alguna vez fueran verdes y ahora eran vastos desiertos. A menudo me he preguntado si las cosas hubiesen sucedido igual de estar vivo mi padre, pero entonces recuerdo las incasantes guerras entre nosotros que hubo antes del desastre. Hemos perdido un mundo, pero ahora tenemos la oportu-

*tunidad de una paz duradera y de un nuevo comienzo. Sólo anhe-
lo que la sombra de Aetius pueda descansar en paz y que nos man-
tengamos fieles a la meta por la que tantos murieron. Nunca seré
capaz de volver a combatir o a ejercer la magia, e incluso ahora soy
incapaz de abandonar el puerto sin la ayuda de Cinnirra. Es más,
si recuperase mis fuerzas, serán mi hijo y mi sobrino quienes lideren
Thetia a partir de ahora, y espero que ellos tengan la posibilidad de
forjar un mundo mejor que aquel en el que yo he vivido.*

*Os saludo y me despido,
Carausius Tar' Conantur*

No parecía un texto escrito por aquel Carausius del que tanto nos habían hablado, el hermano del archidemonio Aetius, que al parecer había llevado a Aquasilva a una guerra terrible. Me pregunté cuáles habían sido las intenciones de mi madre al darme semejante texto y me pregunté también dónde lo habría encontrado.